

Motos y fútbol

DE: Miquel Silvestre

Asunto: Final tras las líneas enemigas



@ Una final del Mundial no es fútbol. Es historia. Es un conflicto bélico entre dos países que genera interés planetario. Me encontraba recorriendo Europa en moto cuando el azar emparejó a España con Alemania. La República Federal se llenó de estandartes. Daban por hecha la victoria. Me planteé en Berlín y resultó que, igual que hace dos años, la Selección Española se alzó con el triunfo. Quedaba entonces enfrentarse a la mítica Naranja Mecánica. Me dije: "Este partido lo voy a ver en Amsterdam". Tras casi mil kilómetros de bosques y doradas colinas llegué a la frontera, donde marqué un gol imaginario tras la señal. La ciudad de los canales me recibió con un océano de desatada euforia. En el populoso Barrio Rojo no cabía un alma. El sol brillaba espléndido. La cerveza corría y las manufacturas de liar echaban más humo que Santiago Camilo en una reunión del Comité Central. ¿Dónde estaban los españoles? ¿Acaso no había nadie para plantar una pica? Normalmente, Amsterdam está llena de turistas ibéricos.

En la Thorbeckplein, unas decenas trataban de hacerse oír ante el fragor contrario. Era un testimonio valiente y colorista, aunque inofensivo. Paseantes y policías miraban entre curiosos y compisivos aquella esforzada demostración de furia racial por parte de tan escasos combatientes. Quizá habían olvidado que los temibles Tercios nunca fueron demasiado numerosos. Pantalla gigante en Museumplein. Una multitud naranja copaba las esquinas. La policía me paró, mosqueada al verme tan a mi aire. Me recomendaron que no anduviera por allí con semejante matricula. Decidí camuflarla pegándola a la pared y cubriéndola con una maceta. Divise dos sombras rojas. Eran de Valladolid y vagaban buscando la hinchada española. "Soy yo", dije. En la pizzería no nos recibieron de muy buen talante. En la segunda parte nos echaron. Las camisetas rojas fueron objeto de comentarios y miradas. Un tipo quiso comprar la bandera costara lo que costara. Nos negamos.

Estaba claro que no quería honrarla precisamente. El alcohol había ido enturbiando las mentes. Los anaranjados tifosi que encontramos ya no eran tan simpáticos como antes. Propuse ver en mi hotel el final del partido. Accedieron, cansados de caminar en territorio hostil. Ello nos obligó a cruzar las líneas con la multitud convertida ya en ansiosa horda.

Mi habitación daba a la calle. Hacía un calor espantoso, salimos fuera a mirar la televisión a través de la ventana. Un furgón policial se detuvo. Querían seguir la prorroga en recepción. Cuando Iniesta lanzó la pierna y el balón perforó los sueños de Holanda, el país enmudeció. Solo se oyó un grito en la noche. El mío. Un gol que sonó como un disparo ronco. Uno de los policías nos miró. Me encogí de hombros como disculpando mi exceso, pero él levantó el pulgar felicitándonos. El resto de los agentes fueron saliendo con expresión dolida. Sería solo el comienzo de un lento desfile de cabizbajos espectros. Decidimos celebrar el triunfo dentro del cuarto, por sensatez, pero también por educación.

Al día siguiente, Amsterdam despierta sucia y silenciosa. Las calles están sembradas de basura tras la batalla. Cuelgan guirnaldas y banderolas naranjas convertidas en ajada tristeza. Es lunes. Lluve y no hay muchos motivos para sonreír. Yo sí lo hago. La moto está incólume. Ha sobrevivido al vandalismo. Saigo de la ciudad sin perder más tiempo. Desde sus cocheas, los conductores me miran con indistinto resentimiento. Siento algo de lástima. Les diría que no es tan importante, que el fútbol es solo un juego. Sería inútil. Todos sabemos que no es así.

